

EDITORIAL

Durante el transcurso de nuestra existencia, se suceden momentos buenos y malos, éxitos y fracasos...vida y muerte. Ésta revista, unida como está a la actividad de las personas, también se ve afectada por situaciones de ese tipo.

Estábamos cerrando la presente edición, en la que se dejaba constancia de las diversas actividades del congreso 2018 sobre la defensa de la vida, el cuidado de la casa común como le gusta decir al Papa Francisco y las responsabilidades que nos corresponde como personas, cuando nos llegó la triste noticia de la muerte del Cardenal Elio Sgreccia, fundador de la escuela bioética conocida como Personalismo Ontológico, Maestro y Padre de muchos de nosotros.

Don Elio, como le gustaba que lo llamásemos, compartió con otros fundadores de la bioética (Potter -90 años- y Pellegrino -90 años-) una vida larga y fecunda, que la Escritura reserva a los Grandes Patriarcas. De origen campesino, hijo de una familia numerosa (6 hijos) y religiosa, descubrió su vocación tempranamente en su pueblito de Nidastore Arceria, el 6 de Junio de 1928. Entró muy joven al seminario y estudió filología clásica en Bologna, fue asesor de Acción Católica y formador del seminario de su Diócesis. A fines de 1973, es convocado por la Universidad del Sacro Cuore a la sede de Roma, para el servicio pastoral

del Hospital Gemelli. Allí hace las veces de asesor espiritual, da clases y colabora en diversos puestos con la revista "Medicina e Morale", donde termina siendo co-director. Fue delegado observador por la Santa Sede ante el consejo de Europa y miembro del Comité de Nacional Italiano de Bioética.

En 1992 es ordenado obispo y secretario del Pontificio Consejo para la familia. Integró la Pontificia Academia para la Vida desde 1994, posteriormente sería su tercer Presidente desde el 2005-2008. Nuestra Pontificia Universidad Católica Argentina, le otorgó el Doctorado Honoris Causa, por su contribución a la ciencia al crear la escuela Bioética Personalista, el 11 de junio de 2008.

Sgreccia hizo muchas otras cosas, (aquí solo hacemos un elenco esencial de su rica vida), pero por sobre toda otra cuestión fue un MAESTRO de fe y de humanidades. Él era una de esas personas que entusiasman y enamoran a los estudiantes con sus gestos, sus metáforas, su testimonio, por la fluidez de sus palabras y razonamientos, por su solidez y coraje... De allí que su muerte (occurrida el 5 de junio último), aunque más que previsible en un hombre de 90 años, nos sorprendió a todos. Nadie pensó que Don Elio podía partir. Para muchos de nosotros él era una parte de la vida de Roma, como las fuentes de San Pedro, que aunque secu-

lares por su origen, siguen manando agua fresca y limpia. Hoy su testimonio en favor de la vida, adquiere una dimensión mayor, proféticamente anunciada en su escudo episcopal a modo de legado personal: UT VITAM HABEANT (para que tengan Vida)...AGRADEMOS A LA PROVIDENCIA HABER HALLADO A UNA PERSONA TAN GRANDE, A LA VEZ QUE NOS COMPROMETENOS A TRANSMITIR SU LEGADO.

Estábamos procesando, apenas esa noticia cuando recibimos el impacto de la muerte de nuestro primer Director del Instituto y de la Revista, el Dr. Hugo Obiglio.

Se graduó de Médico en la UBA con diploma de Honor, posteriormente se especializó en gastroenterología y fue docente de esa especialidad en universidades privadas y estatales, del país y del extranjero. Fue miembro titular y directivo de numerosas sociedades académicas de su especialidad. Llegado a la vida adulta y cargado de experiencia profesional, halló en la bioética un rumbo recorrido en parte, pero aún desafiante. La circunstancia quiso que su gran amigo, el Padre Domingo Basso lo convocase a la creación y Dirección el Instituto de Bioética de la UCA y de esta revista, tarea a la cual se avocó con gran empeño y rigurosidad científica, ambas virtudes características de su personalidad.

Miembro fundador de la Pontificia Academia para la Vida, Vice-Presidente de la Federación Internacional de Asociaciones Médicas Católicas, Consultor del Consejo para la pastoral de Agentes Sanitarios de la Santa Sede. Su vida fue un continuum de actividad académica en medicina y ética. Fue llamado por numerosas instituciones a formar parte de sus miembros, pues su presencia era garantía de honestidad intelectual, rectitud moral y compromiso personal. Esto lo llevó a ser miembro de la Soberana Orden de los Caballeros de Malta, primero como Caballero y más tarde como Vice hospitalario del Consejo Directivo.

Su testimonio de vida, más allá de las cuestiones antes mencionadas, nos lo muestran como un esposo comprometido con la familia y padre dedicado a sus hijos. Fue un católico ferviente que supo integrar

su profesión médica con su profesión de fe en Dios, sin rupturas, incoherencias ni abismos, con la normalidad de quien convencido de sus principios, los aplica coherentemente en sus actos cotidianos.

La muerte lo sorprendió en plena actividad, siempre ocupado y lleno de proyectos aún en la ancianidad, pero preparado interiormente. Dueño de la situación, confiado en su Señor, a quien sirvió toda la vida, entregó sus armas, se rodeó en el confort silente de su familia y sus amigos más íntimos y habiendo luchado el buen combate, encomendó su alma a Dios.

Quienes lo conocimos y tuvimos contacto con él, agradecemos a Dios la rica vida del Dr. Hugo Obiglio y disfrutamos de los frutos que hombres como él sembraron con tanto empeño a lo largo de su existencia.